

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa del Departamento de Extensión Cultural de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que distribuye para sus suscriptores la revista *El Malpensante*.

Este número 41 es una antología de Gustavo Tatis Guerra, seleccionada por él para esta colección, con el título: *Evangelio del viento*.



N.º 41

Evangelio del viento

Antología



Gustavo Tatis Guerra

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO

2008

ISBN 978-958-710-359-5

© GUSTAVO TATIS GUERRA, 2008
© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2008
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Fax 342 4948
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
Octubre de 2008

Ilustración de carátula
Juego frente al mar, por JULIO CASTAÑO, fotografía digital
20 x 25 cm, agosto de 2008

Diseño de carátula y composición
Depto. de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Panamericana, formas e impresos S. A.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

UNIVERSIDAD
EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestroza
Rector

Miguel Méndez Camacho
*Decano de la Facultad de
Comunicación Social-Periodismo*

Clara Mercedes Arango
Directora de Extensión Cultural

*A mis hermanos del país de las aguas
bajo el cielo y los árboles danzantes de La Mojana*

EL CABALISTA

Cada vez que observo los caballos,
pienso que Dios descansó el séptimo día
y en su sueño se vio a sí mismo,
despertó, pero olvidó los rasgos y pormenores
(somos barro de su barro, viento de su viento,
espejos frente a frente que se inventan y se anulan)

Quedaba, eso sí, una vaga imagen del sueño:
una constelación, una ecuación, una bestia olvidada?

Entonces creó al caballo, a partir de su recuerdo,
y vio que era bueno y hermoso, casi tanto como
él mismo.

A John Jairo Junieles

HERÁCLITO

Nadie se baña dos veces en la misma lluvia.

La lluvia es un río de pie

que derrama todos los secretos del cielo

Limpia la soledad de los ángeles y devuelve peces
guardados en las nubes.

lava mis pensamientos en mi refugio

silencioso de la montaña

soy como el niño descalzo bajo la lluvia

el hacedor de preguntas se detiene ante el agua

y sabe que algo maravilloso puede ocurrir

si la piedra suspende su silencio y empieza a revelar

lo que aconteció la noche antes de la vida

los efesios me llaman El Oscuro

tal vez porque descifro enigmas del cielo y la tierra

porque bebo agua fresca en la cuenca de una piedra

porque me alimento con un poco de harina de

centeno

porque aprendí a esperar

como un recién nacido

hasta encontrar lo inesperado.

HOMERO

Me despierta en la oscuridad la luz de una mujer bella y liviana cuyo resplandor es la puerta que me lleva al paraíso o al purgatorio. No soy inmune a la belleza de lo invisible, por eso canto en la tempestad. Pasan por mi oscuridad caballos de amanecer despiertos para la guerra. Guerreros con armaduras que antes de partir ya tienen la muerte en las ojeras. La ciudad esplende como un lirio en el pantano. Soy el hombre que canta en la tempestad. Los dioses tejen para mí el dolor de no ver para que no me falte el canto.

ABSALÓN

Sobre este remanso elegido por los judíos
todos arrojan piedras sobre mi silencio
me castigan más allá de la muerte
no hay reposo en mi alma
una lanza atraviesa mi vida
por contrariar a mi padre
con todas estas piedras haré una iglesia
un castillo, una lápida mortuoria,
erigiré la imagen terrible del corazón
humano como una inmensa piedra filuda
que no deja de caer
sobre el tiempo.

Llueven piedras
sobre mi tumba.

SÓCRATES

Que nadie venga a decirme a esta hora
que el cuerpo es un estorbo
He descubierto, muchachos,
que el placer y el dolor muerden la misma cola.
Apenas me quitaron las cadenas
sentí que la música de Orfeo
me había convertido en ruiseñor
y la mirada de Agamenón, pastor de hombres,
me transmutaba en águila.
Ahora no quiero lágrimas ni lamentos
No olviden que le he ofrecido un gallo
a Esculapio, él me curó de la vida.
A la muerte todavía no le debo nada.

SALOMÓN

No me pregunten por la huella de la serpiente en
la piedra
de la música que sedujo al habitante del paraíso.
Prefiero el silencio y el vasto misterio que colma
el universo. No soy Adán para saberlo.
Tampoco sé del rastro del águila en el aire
sólo puedo nombrar algunos aleteos en la tierra
hasta allá no llega mi sabiduría.

Menos puedo nombrar la estela del pez en el agua
de su mirada transparente, de su efímera luz
que se desvanece en el agua
pero de la mano del hombre sobre la doncella
intuyo que cada uno es elegido por una secreta
compañía,
minúsculas e inmensas soledades como un harem.

En cada línea de mi mano se asoma
un cercano y lejano temblor
pero no daré razón de las magias
que sacuden al hombre bajo el cielo.

A Gastón Lemaitre

EL DESIERTO

(Del Diario de Marco Polo)

Me embrujó la arena cantadora
Vi los huesos blanqueados
de quienes intentaron atravesarlo
vi los vientos abrasadores
derribando caravanas
vi la luna alta, el espejismo
de un pájaro, la arena brillante
y la caligrafía del viento
narrando su errancia en las dunas.
El silencio como una inmensa
mujer acostada
Crucé el desierto de Gobi
y vi pasar las caravanas
invisibles elevando sus banderas.

Alguien me llamó por mi nombre
a la medianoche.
Era el viento.

Vi a un niño entre los viajeros
dibujando un aguacero sobre las hojas de un
bosque
vi mis huesos blancos, dispersos
al cielo, el amor como ojo de agua
manando de lo invisible.

Vi mis alas desplegadas:
¿Quién soy? –me pregunto ahora
oyendo las arenas que cantan–
¿Quién soy sino un rey encantado
por tu espejismo?

CONJURO DEL NAVEGANTE (I)

Como el país de las nubes
así es mi corazón
frágil

fugaz

transparente

tierna arcilla de alfarero

así es mi corazón

en la salvaje estación de los vientos

un niño que descubre estrellas

en un aljibe de agua que llora

bramido de las bestias oliendo el rastrojo

del verano

Así es mi corazón

tómalo antes que vuele

CONJURO DEL NAVEGANTE (II)

Qué me sostiene

amor mío

si no es tu sombra

el giro de las constelaciones

una extraña sinfonía y perenne sinfonía

que viene de los árboles y del silencio

la navegación del agua

señora de nuestro nacimiento

y nuestra despedida

Qué me sostiene

Ahora que estoy solo como un niño

Ahora que conjuro mis ruinas

Qué me sostiene

si no es la poesía

CONJURO DEL NAVEGANTE (III)

Todo se pone de pie para caer mejor

OCTAVIO PAZ

Y

Desciendo al abismo de tus manos
solo y encarnizado

como un relámpago

Solo en la mitad de un bosque

Recién estrenado por la lluvia

Sólo en medio de tu sombra

dulce y húmeda

solo

a la altura

del milagro.

EL MONJE KEVIN

Oro en la penumbra del monasterio
y la luz del cielo resplandece en mis manos.

Oh, Dios
yo que he visto tu inocencia en la claridad
del agua bendita
y en los panes dorados del desayuno
y en el silencio de la medianoche
que agita las hojas de los árboles distantes
como si secretaran un murmullo
pienso que somos frágiles y los árboles lo saben.

Desde la mudez de su sacrificio nos compadecen
y florecen
para recordarnos que también tienen ilusiones
que el hombre es una hoja en el infinito
un viento la suspende y la borra.

Creo en la magia que deviene de todas las criaturas
que palpo
la madera silenciosa de la puerta que sueña en el
álamo
y en el bosque perdido de su infancia.

Oh, Dios
has venido en esta mañana
como un pájaro
a anidar en la palma
de mis manos.

**El monje irlandés Kevin, del Siglo VII, incubó un pájaro que anidó en sus manos extendidas mientras oraba.*

HELLEN KELLER

*“Oh Dios: Al despertar tendré el gusto de ver
tu santo rostro”*
(SALMO 16)

Sus manos largas
de pianista palpan
la música del aire
pero ella no ve
el azul que embiste
su delgadez de espiga
ni oye el viento que canta
tampoco el susurro
del cielo al atardecer
sus labios están mudos
y todas sus sílabas
laten como un ave
en la tormenta

Hay en sus ojos
una dulzura virgen
de quien no ha visto

jamás el temblor del agua
pero a ella sólo
le bastan las líneas
serenas de sus manos
para que tiemble
el corazón de Dios.

EMILY CUIDA EL JARDIN

*“¿Quién soy yo para contar el bello secreto
de la mariposa?”*

EMILY DICKINSON

No puedo estar sola
Me visitan huestes.
Pájaros que han perdido su casa.
Lluvias inmensamente solas
que vienen a refugiarse en mi cabello
Ha perdido las hojas ese árbol
donde yo veía los ojos de un ángel.
Mi alma quiere apostar al cielo.
No seré fiel sino al misterio.

LAS DOS ALMAS

Viejo pastor de nubes en la noche africana
eres el árbol sacudido por las estrellas.
alma liviana que busca el horizonte
con su resplandor que atraviesa lo insondable
que se desvanece y florece.

Sube a lo alto del primer árbol que dio sombra
a la creación y contempla el infinito
alma liviana
sube a los delgados límites del cielo
que acercan al paraíso con la muerte

En ese entonces, ya habrás explorado
el vacío o el dulce abismo
en donde habitará para siempre el alma pesada.

A Guillermo Arriaga que lo contó

EL SOÑADOR DE BOSQUES

Los árboles no duermen.

A través de sus sombras viajan y recuerdan
reconocen la mano que guarda sus silencios
y cuando la brisa pasa se inclinan a saludar
Bajo la tempestad escuchan la agonía de los árboles
viejos
y saludan desde sus orillas inmóviles el sereno
esplendor

de la caída.

Saben que el hombre que vino anoche y los abrazó
guarda en su interior la antigua sabia de los
orígenes,

Tal vez jamás vuelvan a verse pero el siempre
llevará
la secreta sombra de un corazón plantado en el
viento,
una raíz secreta que cada día lo acercará más al
cielo.

A Hernando Socarrás, soñador de bosques.

LA CACICA ZENÚ

Mi padre ha muerto hoy.
Una diadema he puesto sobre sus manos.
Un leve guayuco he tejido en oro
para que guarde sus secretos.
Un bastón con las iniciales del paraíso.
Unos granos de maíz tierno
para que no pase hambre.
El alma de los primeros zenúes pregunta mucho
El espíritu es como una flecha
en el blanco de la noche.
No vaya a decir por nada del mundo
que se han perdido las tierras.
Los caballos cruzan la lejanía
y fulge en la oscuridad el brillo
de una espada.
Los forasteros no dejan de llegar.
Saquean las tumbas.
La ofrenda de mis senos
no es para nadie.
Es para los dioses.

Nadie más reclama estas lágrimas del sol.

El oro que cada uno de nosotros
guarda dentro nadie podrá llevárselo.

MARCELINO BERTEL

Qué puedo ofrecerte

Señor

yo que soy de la raza
de los que nada piden
y todo lo dan.

Hombre montuno
encantador de los silencios
sinuanos sobre la sabana dormida.

Yo que despierto a los dioses
guardados con un pito de caña de flecha
no aprendí a leer sino la música
de los pájaros y la mirada de las doncellas.

Yo que crucé las montañas
y los pueblos perdidos del mapa
con el solo sortilegio de la adivinanza.
No tuve otro tesoro que tu tierra baldía
la melodía de tu soledad
desperdigada en estas lejanías.

Tengo mi ombligo enterrado
en el caserío de El Cocuelo, muy cerca de Montería,
y la voz de los ojos de agua
y el murmullo de los árboles más viejos
conocen el secreto de mi ofrenda.

No tengo nada que ofrecerte,
señor,
sólo esta sinfonía de pájaros antiguos.

HONORIO TATIS

Soy un siervo en una de tus aldeas, señor.
Te descubrí temprano en la claridad de marzo
y en la mansedumbre del agua.

Mi único reino ha sido encontrarme
en mis siete sombras. En las migajas de pan
que le doy a los pájaros y en los oscuros
espejos del fondo del café donde
un ángel bebe de un ojo de agua.

Aunque me hiciste juez tengo alma de tejedor.
En cada uno veo la inocencia perdida o ultrajada.

La divinidad resplandece en cada hoja de hierba.

No tuve más oro que el brillo de tu mirada.

PADRE

Un pájaro oscuro
de sigilosa dicha
aletea sobre tu frente
en tu alma de niño
que juega
a
repetirme.

UNA MUJER ENTRA AL PALENQUE

Dentro de mi pelo duro
como nido de pájaros
guardo estas semillas
de árboles que crecieron
conmigo en los días y las noches
de la esclavitud
de todo lo perdido
es lo único que pude traer
mientras huía de los hombres a caballo
y los perros de presa.

Ahora
sacudiré mi pelo sobre la tierra llovida.
Un bosque ha empezado a crecer dentro de mí.

*A Graciela Salgado “Batata”,
a los hermanos del Palenque de San Basilio*

DE DONDE VENGO

No me preguntes de dónde vengo

María Paula

vengo

del arroz volado

la cama de viento

las lunas del alacrán

los veranos de la mariápalito

el invierno de los caracoles.

la tierra rayada por los niños

Vengo de Sahagún

Allí los árboles compadecen

a los dioses dormidos

soy un hijo del solar

de la rayuela

de la tribu de hechiceros.

Soy de allí

En el agua
descifrarás
el alfabeto
de mi ojos.

A María Paula Therán

SAHAGÚN

Allí donde el silencio
se parece a tus ojos de atardecer
Sahagún
allí donde el viento desnuda
su sonata de hojas
allí donde la tierra llora
un susurro indio y amoroso
allí donde el verano
duerme sus hojas secas
en la tibieza de las chamarías
de color amarillo y café
allí donde tengo enterrado mi ombligo
de ángel bajo los mamones
allí donde me han nacido alas
y te espero.

EN LA TARDE EL ABUELO WAYÚU
ACONSEJA A SU NIETO

No hacemos cruces en la tierra.
No tenemos fronteras en nuestro espíritu.
Las líneas de viento
la traza una cabra perdida en el desierto
y el silbo del niño que la llama
con una semilla redonda
que despierta
al arco iris.

Maicao, junio 30 de 2007

*A José Fernández,
mientras mirábamos juntos la frontera*

MAFUFOS

Papá soñó con la lluvia y los plátanos maduraron
en el verano.

Ahora está allí bajo la luz del patio.

Les susurra a las hojas y los llama por su nombre:
“Mafufos, se habían demorado en madurar”.

Afila el cuchillo y corta unos pequeños
que Mamá machacará para el desayuno.

El verano desnuda las hojas de los árboles y un aire
caliente invade el silencio de las cosas.

Papá cierra los ojos. Sueña que empieza a llover
y llueven peces sobre nuestras manos.

El cielo madura lentamente los frutos.

En la mesa, mamá tiene listo su manjar con queso.
“Vengan rápido a comer”, dice ella.

Los mafufos de papá se inclinan a la luz del comedor
y sus hojas verdes son salpicadas por un rocío de
ángeles.

De sueños así nos alimentamos en casa.

CAZADOR

No tengo otra embriaguez que la luz de la luna.
Disparé contra un cielo muy oscuro al amanecer.
Creí ver la sombra de una guartinaja.
Creí ver la sombra de una perdiz.
La huella de los animales de monte
me sedujo desde niño.
Fui lector insaciable de libros de viajeros y cazadores.
No tuve otra compañía que el silencio de la noche.
El resplandor de las luciérnagas
la luz efímera de los muertos que brillan
bajo los árboles en los antiguos entierros indígenas
de los Zenúes.
No preciso cómo ocurrió.
Sólo disparé. La sombra tembló en la espesura.
Perdí el equilibrio. Perdí el blanco que tenía en las
noches de cacería. Caí derribado sobre la hierba.
Como si un rayo hubiera caído sobre mí. Sentí la
sangre caliente sobre mi rostro. La sangre en mi
ojo derecho. Me dije: Adiós luz que te guarde el
cielo. Más allá del brillo de la luz, había algo que

aleteaba en el aire. Como una mano que se despedía. Una mano que mostraba una hoja verde manchada de sangre. Un mico que se cubría con una hoja la sangre de su herida y me la mostraba desde lo alto de una ceiba. Fue la última vez. No volví a disparar jamás contra ninguna criatura del cielo y la tierra.

Al abuelo Ricardo Guerra

LOS DIOSES HUIDIZOS

Trenzo mi corazón en este sombrero de caña flecha
como si un ángel tejiera su alfabeto
su génesis en la yema de mis dedos
como si me devolviera a las primeras noches del
mundo
a la soledad bajo el reguero de estrellas
a las manos de los dioses esquivos del cielo y la
tierra.
a la sombra invisible de mis ancestros

Ellos tejen un cielo delgado con pintas blancas y
negras
como las líneas que dibujan los niños en la tierra
más allá de la muerte.

a Cristo Hoyos, a los tejedores de sombreros en Tuchín

SI BAJO LA LUNA DEL VERANO

No hay mejor lámpara que alumbre
los caminos que la luz que derrama el cielo.
De los labios del vaquero saldrá la mejor canción,
un grito de monte que hará temblar el alma
de las piedras y el corazón del viento.

Colmado de lunas estará su pecho.

Del otro lado del horizonte presentirá la vigilia
del tigre
y la sed de la serpiente que muda de piel.
Para su soledad tendrá tres aseguranzas,
una décima de hombre montuno
para el dolor de los huesos.

Y bajo la luna del verano
sólo esta mirada mía.

A César Bertel y a su abuelo Chú, capitán de vaquería

UN TABURETE

Sobre la piel de los taburetes
duerme la sombra de una vaca
sobre su piel de veranos
y agostos lluviosos
viene a sentarse el tiempo
muchacho travieso de rodillas peladas
muchacho corrinchón el tiempo
con su honda para cazar nubes
con su rayuela que borra el agua.

Viene a sentarse en la ternura del cedro
en la mujer de cabellos de plata
que fuma al revés
para encender los recuerdos.
viene a sentarse en el abuelo
que murmura a su nieto:
“De tanto mirar a las nubes
esta vaca masticaba cielo”.

CON EL PERDÓN DE LOS PÁJAROS

Escribo estas palabras
sobre la antigua piel de las migraciones.

Que me perdone el bosque

Una sombra de pájaro
hay en el alma de esta página
una sombra de pájaro.

Que me perdonen
si no vuelo.

ORACIÓN

Dame, oh señor
La inocencia de las bestias.
El corazón salvaje de las ballenas.
La mirada clara y antigua de
los caballos. La intuición de los
delfines. El amor de los tigres.

Soy demasiado pequeño
para que me toques
con la yema de tus dedos.

NIÑO IRAQUÍ VIENDO
LA SOLEDAD DEL AGUA

Ahora
no tengo otra compañía
que la soledad del agua
busco entre los muros
la sombra del abuelo que abre una puerta
y la luz dorada me invade la cara
pero ya no está él
ni la casa donde jugábamos
ni la calle donde nos sentábamos
a ver llegar el invierno.

¿Adónde fueron las estrellas que vimos
juntos en las noches más solas
cuando aún no habían
bombardeado el cielo?

EN LAS MANOS DE DIOS

Nubes grises y claras
como el leve corazón
de un rruiseñor

Nubes pasajeras
como agua
de un cántaro
en las manos de un niño

Nubes livianas
como la sombra
de un hombre que pasa.

EL PEQUEÑO DIOS

Ese que cada vez que intenta asomarse
ya tiene una corona de espinas
Ese que aún no merecemos
demasiado cierto para sentirlo
en el rocío de las rosas
demasiado bello para atraparlo
en un poema.

DE LAS AGUAS INVISIBLES

Ahora el agua fluye y sus manos acarician
lo que se disipa de ese cántaro roto que es el cielo
lo que alguna vez fue y se siente
todas las emanaciones del reino
en el que un niño es rey a la intemperie
algo de ese canto suena más allá de sus manos
como el lamento de un dios sin consuelo
como las lágrimas que el cielo ha guardado
para recordarnos el paraíso perdido

Se ha ido de repente la lluvia
y algo de su luminoso abandono de aguas
permea la mirada de los ángeles.

DEBAJO DEL ARCO IRIS ESTÁ MI CORAZÓN

Si un pájaro perdió la sombra de su árbol
y cayó la primera lluvia, no lo busques.
Espera la luz dorada del atardecer
el arco flexible que Dios ha tendido
entre el cielo y la tierra
para iniciar la conversación
suspendida en el paraíso.

Bajo ese cielo tiembla mi corazón.

A mi comadre Astrid Paternina Márquez

EPIFANÍA

Como una flor efímera
como un relámpago
en un jardín
como una nube dorada
que ilumina la noche

así la vida

EVANGELIO

No comprendiste mi amor
tan doloroso como la ofrenda
de mis manos
abandonaste al niño
que dormía en el fondo de mis ojos.
cubriste mi desnudez
con la túnica de la muerte

me dejaste solo bajo la
luz del cielo
en la tempestad
olvidaste que mi pureza
cabe en un grano de mostaza
que mi alma vuela sobre las aguas.

HE VENIDO A VER LAS NUBES

No tengo por qué creer que es temprano.
Me he pasado la vida viendo caer las hojas de los
árboles
mientras espero en la ciudad vieja de Cartagena
de Indias
el brillo de las aguas.

Antes que la sombra dore el silencio
escucharé la voz de tus manos:
Busca tu lámpara usada en la oscuridad.
No busques otra luz que no sea tu laberinto.

A Eparkio Vega

MONÓLOGO DE DIOS

Entre tu corazón y el mío
no me canso de hilar
un cielo que no cesa.

OFRENDA

Te regalo un presente
tan suave como la brisa que besa el agua
tan secreto como la voz de los pájaros
tan palpitante como el
corazón de los caballos
y la memoria de los caracoles
tan misterioso como la
noche en los montes
como el silencio que crece
bajo la sombra de tus alas.

EL PEQUEÑO TESORO

El pequeño tesoro
está debajo de las piedras
en mitad de la noche
en los restos de un naufragio
en la divinidad que alumbra
una tierra sola y amarilla
como una naranja
desolada
y flotante

El pequeño tesoro está
debajo de sus párpados
en la luna de un espejo
sin brillo
en el resplandor
que se desvanece
así el pequeño tesoro
que esplende
como una palabra perdida.

EL QUE ESCUCHA LA VOZ DE LAS AGUAS

Soy el que juega a perderse
el que apuesta a los dioses
con los pies descalzos
el que se eleva sobre la piel de la tierra
el que escucha la voz de las aguas
el que sube y baja por las dunas de tu espalda

Soy el que juega a perderse
el que apuesta a los dioses
desnudo
en puntillas
como un ángel en suspenso
el que se asoma a tus ojos
y ve la sombra del viento
el que recoge piedras
para oír el corazón del tiempo.

PARAÍSO

¿Qué otro paraíso tengo
si no esta breve
temporada
en la tierra?
Tus manos me
recuerdan
que estoy vivo
bendigo la flor
que me regalan
tus piernas.

¿Qué otro esplendor tengo?

Cada día me acuerdo
que también la
muerte es bella.

EL KAMIKAZE

Como las flores del duraznero
caeré sobre el abismo de tus manos
sobre la guerra de tus besos.

Como la luz del alba
que despierta
a las nubes
iluminaré
tu rostro.

Entiéndeme
amor
no soy
efímero

He sido
elegido.

No olvides
el temblor
de mis manos
y el ardor de
mis labios
en la caída.

HISTORIA DE UNAS ALAS

Cada uno de nosotros tiene la sombra de las alas
que perdió.

Está claro y comprobado que todo hombre
al principio, era un pájaro.

No hay testimonios del día en que perdió para
siempre sus alas.

Algunos creen que fue un castigo
Por creerse más pájaro que todos los pájaros.
Una desgracia para que vagara
y arrastrara por la tierra como un lagarto.

Cuando el hombre ve a un pájaro
En pleno vuelo le aletea el recuerdo
De cuando era pájaro y compra jaulas
Para aprisionar el recuerdo
Del día en que perdió el cielo.

WAYÚUS

Hay un lugar del desierto donde conversamos con los muertos. Es el Cabo de la Vela. El mar arrastra las voces de nuestros muertos y no hay secreto que no conozca la tierra. Ante ella nos inclinamos desde el amanecer y escuchamos sus confidencias. Los pastores del desierto llaman a silbos a sus cabras perdidas y miran el reloj en las sombras del sol en los cardones. Aferramos el bastón sobre la piel dura y maliciosa de la tierra y buscamos que ella nos regale la palabra precisa que multiplique el perdón entre los parientes en disputa de la tribu. Ella es la intermediaria ancestral y solícita de nuestro corazón. Las palabras ascienden a flor de alma como un fruto madurado al pie del agua. Es así como nacen los abrazos en la tribu.

A Weilder Guerra Curvelo

SEMBRADOR DE ARROZ

Bajo la luz de la luna el sembrador de arroz y su mujer cruzan el inmenso horizonte de las espigas y ella murmura que están a punto de florecer. Entre los surcos, él acaricia la tierra suave humedecida con el rocío de la medianoche. Su mano ha palpado todas las estaciones y en los días ardientes del verano ha soñado con lunas de agua y árboles estremecidos por el viento de la lluvia. Ante la desolación de la tierra tiene una palabra con la que pretende atraer la lluvia. Abre surcos en la piel dura del verano y moja con sudor pequeños terrones de tierra. Ella es como una tierra dulce y baldía aún no tocada por el verano. Todo lo que él siembra en la vigilia de las noches da frutos. Ella es ahora ese surco delgado y húmedo bajo el resplandor de la luna. Así maduran las espigas.

ALQUIMISTA

Ha terminado por fin su faena al atardecer
pero el oro aún es un espejismo en la luz del
poniente.

Los metales fulgen en el athanor
y contemplan su osadía de niño
a través del tiempo

Sólo se transmuta en oro
lo que ha sido acariciado sin tocarse
en la penumbra del silencio
donde Dios es el más fino
de los hilos dorados.

CONTEMPLADOR

El alma del contemplador pende de los pétalos de una flor de loto. No es la luz del cielo la que ilumina sus secretas pesadumbres, es la luz de los pétalos la que desata sus invisibles prisiones. No es el contemplador el que posee el prodigio de la flor de loto. Es la flor de loto con sus ochenta y cuatro mil nervaduras la que posee al contemplador. Arde en su plenitud de agua.

TALLADOR DE PIEDRAS

Soy el tallador de piedras. El artista del naufragio. Todas las formas del mundo están cifradas en las nubes y en la orfandad de las piedras. Cada piedra busca ser la silueta de un paraíso perdido. Alguna vez daré con el límite en que pueda ver el rostro de un dios oculto en la geometría del silencio. No espero nada. Sólo la disolución de las formas que me contienen. Eso deseo ser. Una piedra. Una piedra pulida por la paciencia de las nubes.

ARARÁ

Mamá tiene un árbol para cada golpe. En las noches de escalofríos cuando sudamos bajo la luz de los relámpagos, tiene un árbol amarillo que sana las visiones de caballos desaforados que rompen vidrieras y sacuden el aire de la pesadilla. Tiene un árbol de flores lilas para el sabor amargo del alma después de las seis de la tarde. Un árbol con nombre de travesura mortal —matarratones— para las pequeñas vejigas que deja la varicela en el cuerpo, Un árbol que sana los golpes y ralla como si fuera un coco. Es el arará. También sanará otros golpes, le pregunto a mamá. El golpe de luz de soledad al ver los retratos de los abuelos muertos. La orfandad de encontrar las ausencias en el viejo álbum familiar. El dolor del viernes que se fue, el vacío de la ventana que se cerró, el columpio donde vislumbé por última vez el cielo con mis ojos de niño, todas las ausencias que regresan como una brisa en el oro del atardecer. Pero no hay arará para esos golpes. Sólo es suficiente su consuelo cuando dice: “Cú-

brete con la sangre del señor que caminaba sobre las aguas”. Siento entonces que ha encontrado su árbol amarillo, su arará que no ha sido sembrado en la tierra sino en el cielo de sus manos. Su sombra invisible serena mi agitado corazón de caballo.

A Yolanda Guerra Flórez, mi madre

EPICURO BLASFEMA AL ATARDECER

Me sobrecogen los atardeceres. Pienso en la tragedia humana, en los desatinos de las guerras y me intriga la ineficacia de los ángeles. Esplende la rosa sin su espina. No esplende la vida sin la muerte. No esplende el hombre sin su infierno. ¿Entonces qué hay en la mirada de Dios? Si él puede hacer invisible y desaparecer el mal, por qué no lo hace? Si puede y no quiere, entonces es un malvado. Si quiere y no puede, es además de malvado, impotente. Me resisto a ver perder la luz dorada que se eleva y se disipa entre un cielo oscuro.

EL NOMBRE

La muchacha celta sabe que su nombre es la gracia de su espíritu. Es como el secreto de una ciudad antigua. Una lluvia implacable puede caer del cielo si alguien revela su nombre. La memoria de los hombres puede ser barrida si alguien pronuncia su nombre. Algunas ciudades sucumbieron cuando alguien supo de su nombre secreto. El nombre de ella está en su alma. Por eso lleva dos nombres: el del día y el de la noche. Lleva consigo un tiempo guardado en sus sílabas: diecisiete inviernos, un solo eclipse de luna, un volcán a punto de despertarse. Pero el prodigio de su nombre no ha sido alcanzado por las palabras.

“MI CORAZÓN ES EL PAÍS MÁS DEVASTADO”

Ungaretti.

Si toco la piel de la tierra

toco tu corazón

tu sed aniquilada

debajo de las hierbas

pisoteadas por los caballos

debajo de las hojas cortadas

por la luz implacable

de la oscuridad

están tus ojos

la cuenca de tus ojos

como si tocara

algo de mi mismo

que ha sido vulnerado

y mutilado.

GUSTAVO TATIS GUERRA

Su infancia transcurrió en los patios de Sahagún, Córdoba, su tierra natal, y Montería. Ha publicado cuatro poemarios: *Conjuros del navegante*, 1988; *El edén encendido*, 1994; *Con el perdón de los pájaros*, 1996; *He venido a ver las nubes*, 2007.

Es autor del libro *La ciudad amurallada* (Crónicas de Cartagena de Indias), 2002; *Alejandro vino a salvar los peces* (Premio Nacional de Cuento Infantil Comfamiliar del Atlántico, 2002); del ensayo sobre VIRGINIA WOLF *Bailaré sobre las piedras incendiadas*, 2004.

Algunos de sus poemas han sido traducidos al inglés y alemán y figuran en varias antologías.

Es Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, 1992. Ganó en 2003 el Premio de Periodismo “Álvaro Cepeda Samudio”. Es editor cultural y coordinador del suplemento Dominical, del diario *El Universal*, de Cartagena. Profesor invitado en la Cátedra García Márquez, de la Universidad Tecnológica de Bolívar. Dirige el Taller de Crónicas de la Universidad de Cartagena.

CONTENIDO

El cabalista [9], Heráclito [10], Homero [11],
Absalón [12], Sócrates [13], Salomón [14],
El desierto [15], Conjuro del navegante (I) [17],
Conjuro del navegante (II) [18], Conjuro del
navegante (III) [19], El Monje Kevin [20],
Hellen Keller [22], Emily cuida el jardín [24],
Las dos almas [25], Ensalmo [26], El soñador
de bosques [27], La cacica Zenú [28],
Marcelino Bertel [30], Honorio Tatis [32],
Padre [33], Una mujer entra al palenque [34],
De donde vengo [35], Sahagún [37], En la tarde el
abuelo wayúu aconseja a su nieto [38], Mafufos [39],
Cazador [40], Los dioses huidizos [42],
Si bajo la luna del verano [43], Un taburete [44],
Con el perdón de los pájaros [45], Oración [46],
Niño iraquí viendo la soledad del agua [47],
En las manos de Dios [48], El pequeño dios [49],
De las aguas invisibles [50], Debajo del arco iris
está mi corazón [51], Epifanía [52], Evangelio [53],
He venido a ver las nubes [54], Monólogo de Dios [55],
Ofrenda [56], El pequeño tesoro [57], El que escucha
la voz de las aguas [58], Paraíso [59], El kamikaze [60],
Historia de unas alas [62], Wayúus [63], Sembrador
de arroz [64], Alquimista [65], Contemplador [66],
Tallador de piedras [67], Arará [68],
Epicuro blasfema al atardecer [70], El nombre [71],
Mi corazón es el país más devastado [72]

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas – Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe. Poemas escogidos 1995-2005*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles
34. *Un jardín para Milena. Antología mínima*, Omar Ortiz
35. *Al pie de la letra. Antología*, John Galán Casanova
36. *Todo lo que era mío. Antología poética 1947-2007*, Maruja Vieira
37. *La visita que no pasó del jardín. Poemas*, Elkin Restrepo
38. *Jamás tantos muertos y otros poemas*, Nicolás Suescún
39. *De la dificultad para atrapar una mosca*, Rómulo Bustos Aguirre
40. *Voces del tiempo y otros poemas*, Tallulah Flores
41. *Evangelio del viento. Antología*, Gustavo Tatis Guerra



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en octubre de 2008

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel periódico de 48,8 gramos,
con un tiraje de
12.500 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem